



Clase económica

(5a. parte)

ROBERTO BRAVO

El Bosque

Después de la segunda guerra mundial cuando Heidegger fue acusado de colaborador de los nazis y le negaron todo tipo de trabajo se refugió en su cabaña de la selva negra, escribió en ella una cantidad considerable de cuartillas. Tuvo la costumbre también de caminar desde su pueblo natal hasta un banco que se encontraba debajo de un árbol en las afueras y en esos recorridos hacía introspecciones de sus dudas. Sentado en ese lugar miraba hacia el campo quien devolvía a aquellos ojos pequeños como tizones ardientes sus pensamientos. Kerouac aceptó ser guardabosques y vivir en una cabaña en medio de la floresta con el propósito de escribir un libro y ganar dinero, pero cuando terminó el periodo de su trabajo acabó trastornado y sin haber escrito nada.

¿Qué proporciona el bosque a quien se encuentra en él?

El bosque es un silencio que envuelve en su intimidad lo que rodea y en él uno es lo que es, por eso Kerouac no se soportó a sí mismo en ese momento de crisis y para Heidegger, quien sentía que estaban siendo injustos con él, estar rodeado de sus pinos fue como cobijarse en el origen de la verdad sobre su comportamiento y encontrar consuelo a su dolor.

¿Que es para mí escribir en medio de un bosque en una cabaña confortable de los Estudios Leighton de Banff? ¿Qué es para mí encontrarme en un país como Canadá sin el auxilio de

mis libros, ni de mis escapes al cine, ni al jardín de Coyoacán, ni ver aparadores y señoras con sus hijos en una plaza comercial? ¿Qué me proporciona no poder usar más que unas cuantas palabras con las que me doy a entender en un país donde es desconocida mi lengua, en una cabaña en medio del bosque donde escribo estas líneas? No hay una utilidad en todo esto. El silencio del bosque me devuelve a mí mismo y en mis palabras el pensamiento se describe.

Recorriendo una ciudad del norte de México, esas ciudades como cuadrículas compuestas únicamente de calles y construcciones que no permiten a la imaginación encontrar un resquicio donde guarecerse, lugares donde la realidad lo es todo, pregunté a mi acompañante si no había un parque, una plaza, un jardín donde pudiéramos estar, me contestó que no. Al preguntarle por qué me respondió con otra pregunta:

¿Eso para qué sirve?

¿Para qué sirve el arte?

El arte comienza donde termina la necesidad, donde termina el propósito, el arte no tiene una utilidad, como las flores son bellas en sí mismas no por la necesidad de procrear, de fecundar; las aves y los insectos acuden a ellas por su néctar no por su forma y colorido ¿Por qué son bellas las flores? ¿Por qué no deberían serlo? sería la respuesta. Y en esa inutilidad radica la inmortalidad del arte, su supervivencia aparejada a la especie humana.

Así como son impresionantes los amaneceres en la montaña y son bellos los atardeceres en la playa, es hermosa y

excitante la naturaleza en Banff, también lo es la tranquilidad de su ciudad, es inútil sustraerse a su encanto. Para un temperamento meridional como el mío el orden es algo tan necesario de imponer a la vitalidad del trópico que la benignidad de este lugar me parece ejemplar.

La ciudad de Banff tiene un Parque Central, un parque bastante grande para el tamaño del lugar. La gente acude a él como en cualquier metrópoli, lleva a sus niños a jugar y las familias comen en sus prados. A un lado corre el río. Todo es tan cuidadosamente natural que llama la atención. Hay otra belleza sin embargo que corre al parejo de la natural, la creada por el hombre y en ella se conjugan la capacidad creativa de éste con los materiales que la otra proporciona. Las casas que bordean las calles de la ciudad pueden ser humildes, no hablo de la humildad de las casas mexicanas, pero armoniosas, limpias, discretas y acogedoras. Las que en México llamamos residencias manifiestan los recursos monetarios de los dueños, buen gusto e imaginación que no desea sobresalir, pero en todas, sin excepción (aunque siempre habrá alguien) hay macetas y tiestos con flores, plantas de hojas decorativas y árboles.

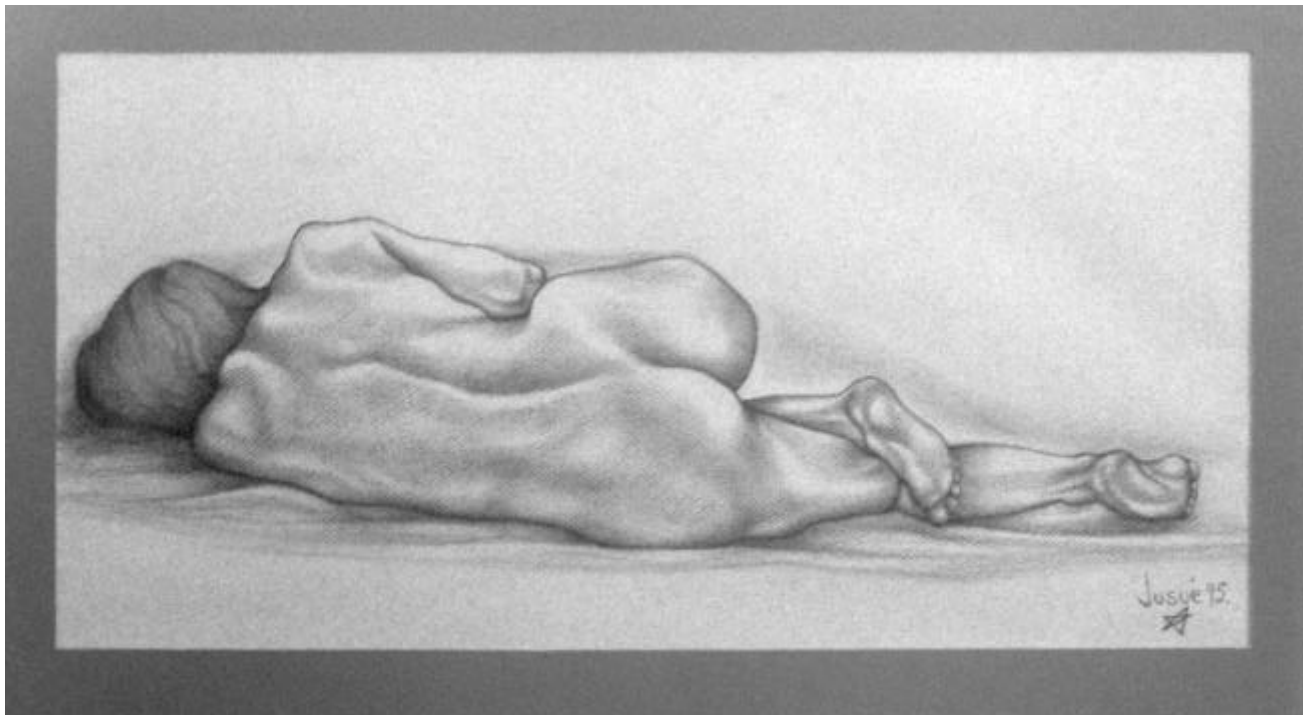
¿Para qué sirven las flores en una casa?

¿Para qué sirve el arte en una casa?

Como un poema, un objeto artístico, nada hay que inspire más delicadeza y fragilidad que una flor, pero en esto radica precisamente su fuerza. La semana anterior llovió dos días seguidos y veinticuatro horas continuas nevó y los tiestos y macetones de flores que adornan la entrada al edificio de los cuartos de los artistas quedaron sepultados con nieve tres días. Era una pesada capa de treinta centímetros aproximadamente que sepultaban unas campánulas de distintos colores, desde el rosa pálido hasta el azul intenso. Cuando las vi enterradas por la nieve las creí perdidas y lamenté el destino de su belleza, pero al desaparecer el hielo estaban intactas, absolutamente igual que antes. Su textura y color no cambió. Así el arte en las etapas de su existencia siempre en peligro, ha sobrevivido en su fragilidad, en su belleza, junto a su creador.

La comida

La comida del restaurante del Centro de la Artes de Banff es en lo general aceptable, casi no le ponen sal de manera que uno puede hacerlo al gusto, es grasosa y la varían con pescado, carne de res, borrego y puerco. La papa aparece en el desayuno servido de las 7 a las 9 de la mañana, en lo que llaman lunch que para los mexicanos sería el almuerzo (de las 11:30 a la 1:30



p.m.) y en la cena de 5:30 a las 7:30. Cocinada de manera diversa la papa para los canadienses es como el maíz para los mexicanos, aunque en las cazuelas del buffet hay también arroz todos los días, verduras cocidas y crudas, ensaladas de espinacas y lechuga, más de lechuga que de espinacas como a mi me hubiera gustado. En las 3 semanas que llevo una sola vez han servido lo que para los canadiense es comida mexicana: quesadillas. Las cocinaron con tortillas de harina de trigo y les pusieron un relleno de puntas de filete con una salsa que anduve eructando el resto del día. No sabían mal pero fueron bastante indigestas. Otras veces han hecho costillas de res a la barbacoa, exquisitas, pero demasiado pesadas para mi estómago también. El pescado lo cocinan de diversas formas, pero de él no quiero opinar porque nunca me ha gustado. Sirven frutas (sandía, melón, piña, naranja) y uvas todos los días. Las sopas y cremas son buenas, las hacen de cebolla, de hongos, de verduras con alubias, etcétera. Una parte del buffet es vegetariano. Los que verdaderamente son un peligro, y en ello veo un poco la complejidad rolliza de los canadienses y también por las grandes porciones de comida que se sirven, son los pasteles: exquisitos todos. Hasta cuatro distintos ofrecen a diario además de un Mouse y nieve.

El restaurant del Centro de las Artes en Banff es un lujo, de los que conozco en la ciudad México sólo el restaurante Del Lago en sus buenos tiempos puede compararse con su enorme ventanal hacia el bosque de Chapultepec y el lago artificial. El restaurante del Centro es de madera, enorme en su espectacularidad y a través de un ventanal del piso al techo de doce o quince metros de altura mira hacia las rocallosas, hacia el prado y el bosque vecino. Las mesas redondas para diez o doce sillas nos reúnen todos los días a los artistas, porque siempre hay dos o tres mesas señaladas para los que llegamos a Banff a hacer algún trabajo. Escritores tenemos dos y un compositor de ópera, los demás son artistas visuales, nombre que reciben los pintores ahora que se han diversificado tanto las artes plásticas. La proporción aproximada es de veinte a uno. Durante la cena conocí a un pintor de Nueva Escocia, Canadá. Al verlo me llamó la atención y no sabía por qué hasta darme cuenta que se parecía demasiado a Pablo O'Higgins y me acordé de Pablo y de mi amigo, el pintor tlacotalpeño Carlos Chá-

vez. Por las tres únicas veces que vi a Pablo comprendí lo que es la sencillez y la humildad de un verdadero artista (no hay falsos).

Lo peor que puede ocurrirle a un trabajador del arte es creer que todo lo que hace está bien por el sólo hecho de haberlo hecho él, eso siembra su ruina.

Pablo quería mucho a Carlos y Carlos a mí. Por esos años yo era un aprendiz de escritor al que habían publicado dos textos en una plaquette y Carlos tenía ya un camino hecho como pintor. Pablo insistía en que se fuera a la Unión Soviética becado, Carlos hacía hincapié en ir a Tamarindo, un taller de grabado de Nuevo México. Ese día Carlos y yo andábamos por el Parque de los Venados cuando me dijo:

–Vamos a caerle a Pablo O'Higgins para que nos invite a comer.

Y nos fuimos para Coyoacán.

Cuando le dijeron a Pablo que habíamos llegado bajó de su estudio y le pidió a Carlos que subiéramos para que viera un retrato que estaba haciendo. Antes de mostrárselo le explicó que ya lo había terminado, pero no estaba conforme, tenía algo que no le gustaba de él, pero no sabía qué era y hacía 15 días debía haberlo entregado.

–Hay noches que no duermo pensando en lo que está mal y por más que lo miro no doy con lo que es.

Carlos pidió a O'Higgins que pusiera los cartones, tomó perspectiva y a los diez minutos de ver el retrato por partes, le señaló el hombro izquierdo como falta de equilibrio. Se invirtieron los papeles, Carlos tomó los cartones y cuando lo vio Pablo confirmó lo que le había indicado. De inmediato preparó los colores, corrigió el defecto en diez minutos, destapó una botella de tinto y comimos. Todo ese tiempo el digno rostro de O'Higgins, sus ojos azules que expresaban bondad, se deshicieron en agradecimiento hacia Carlos. Estaba contento porque su amigo, el joven artista, lo había ayudado. Carlos murió a los seis meses, O'Higgins le sobrevivió muchos años. Hoy los dos están muertos, pero en mí quedó grabada la escena como una muestra de la amistad generosa entre dos pintores, la humildad del maestro que se auxilia del joven a quien ve como igual y pide ayuda, y entendí también en la actitud de Pablo, algo que todo artista debe tener antes de cualquier otra cosa: El orgullo de hacer bien su trabajo. ■